

("El Mercurio Valenciano", Valencia, 21 julio)

Los reyes quieren ser engañados.-Doña Isabel de Borbón y Borbón, la abuela.

"La Lucha", Barcelona /23 julio./ 1918

El hombre rencoroso y mezquino que es el Dato ~~ese~~ acusa á los socialistas que después de haberse estado predicando la lucha de clases han acabado por aliarse con los republicanos. Y éste ha sido uno de los más grandes aciertos del socialismo español. Ello le ha hecho entrar en la política, en la verdadera política, desprendiéndose de aquel equívoco, que no era sino un contrasentido, de que hay que hacer labor social, económico-social, y no política.

El Galeoto o tercero de las por autonomasía llamadas «Instituciones», el nefasto conde de Romanones, por su parte, habló no hace mucho de la posibilidad de que los socialistas españoles entrasen en un gabinete monárquico si los socialistas fueran otros, por supuesto. Porque al conde no se le ocurre, ni se le debe ocurrir, que nuestra monarquía española sea otra que es.

El Indalecio Prieto, el valiente diputado socialista por Bilbao, en el mitin que las izquierdas dieron el día 13 de este mes de Julio en la Casa del Pueblo de Madrid, habló, y muy claro, de la posición del socialismo español respecto á la monarquía. Contestando al rencoroso y menguado Dato ~~ese~~, dije que los socialistas siempre habían sido republicanos; pero que si se encontraran con una monarquía verdaderamente democrática, acaso no tendrían ideales republicanos. Entre una monar-



VNIVERSIDAD DE SALAMANCA

quía amplia, progresiva y modernizadora — deca — y una República que no tuviese nada dentro, los socialistas no dudarían y ayudarían á aquella monarquía.

Esa es la doctrina correcta. O mejor dicho, la doctrina correcta es que República — res pública — cosa pública es el régimen de publicidad y de soberanía popular, aunque al frente del Estado, y para firmar los decretos y órdenes aparezca un propósito, llámesele rey o como se quiera, de cargo hereditario y vitalicio — con estas o aquellas limitaciones — y es despotismo todo régimen de arbitrariedad de secreto, aunque al frente del Estado aparezca como superior magistrado un déspota de elección popular y de mandato temporal.

El gabinete — que no Gobierno — actual ha hecho votar una ley llamada de Espionaje — sin duda porque tiende á proteger lo de las denuncias de la Prensa y populares, y la ha hecho votar bajo el apremio de alguna conminación, probablemente de un poder extraño; bajo un «ultimátum». Y se comprende. Los torpedadores de nuestros indefensos barcos mercantes, por duro que tongan el corazón — si le tienen —, debían de estar hartos de que se les viniese llamando asesinos casi todos los días. La aprobación de esa ley, sin haber dado las razones que la recomendaban, ni aún en sesión secreta — bien que este secreto habría llegado á serlo á voces, como debe ser —, ha sido un acto de despotismo.

El rencoroso y mezquino Dato ese, debe de crearse un diplomático, y para su menguada mentalidad arcaica — pues hoy es arcaico lo de hace media docena de años siquiera —, la esencia de la diplomacia es el secreto. El secreto, el infame secreto, jugó mucho más que la franca y noble violencia en la represión de Agosto



del año pasado. Y el rencoroso y mozquino Dato ese, es el hombre no sólo del secreto, sino también del secreto.

Y volviendo á lo de Monarquía o República, hemos de recordar que no fueron republicanos sino monárquicos los que en 1868 derribaron el trono de doña Isabel II, hija de Fernando VII y abuela de nuestro actual monarca. Y muchos que después se hicieron republicanos, Ruiz Zorrilla y Salmerón entre ellos, no lo eran antes de aquella revolución. No fué ideal republicano, sino liberal y democrático en general, el que llevó á cabo la revolución española en 1868.

En los años que precedieron á 1868 los patriotas liberales españoles, los descendientes de los doceañistas y de los que sostuvieron la guerra de los siete años — 1833 á 1840 — contra el carlismo troglodítico, los enemigos de todo despotismo, pudieron convencerse de que no precisamente el régimen monárquico, sino la persona y familia de doña Isabel de Borbón — lo era por partida doble — eran el obstáculo mayor á la liberalización — que es la liberación — del país. Y no se hable de la camarilla, del «entourage», de los que rodeaban y aconsejaban privadamente á doña Isabel, pues un rey o reina se rodean de aquellos de quienes quieren verse rodeados y escogen su ámbito. Claro está que si no son prudentes y verdaderamente patriotas, lo escogen buscando á aquellos que no contradigan sus naturales inclinaciones.



Los reyes quieren ser engañados

4



«¡Ay, Cabrera, Cabrera, á ti como á mí nos has engañado!» Estas fueron las palabras con que doña Isabel II de Borbón y Borbón recibió en París al que había sido caudillo carlista don Ramón Cabrera luego que éste, una vez que hubo reconocido a don Alfonso XII, se decidió á ir á visitar á la madre de éste. (El dato de esas palabras lo hemos recogido de labios de un hijo del general Cabrera.) Pero por lo que hace á doña Isabel de Borbón y Borbón no es del todo cierto que la engañaran, sino que se dejó engañar. «Mundus vult decipi», «el mundo quiere ser engañado», dice la vieja y sagrada sentencia. Y con mayor razón podría decirse: «Reges volunt decipi», «los reyes quieren ser engañados».

Sí, los reyes quieren ser engañados. Y es este terrible misterio del engaño que está como fondo de la institución monárquica lo que hace la flaqueza de ésta. Los reyes temen á la verdad, porque la verdad suele ser amarga. Los reyes aman el engaño, porque el engaño suele ser dulce.

Y hoy en día, como en los días de doña Isabel de Borbón y Borbón, la abuela, no es precisamente la institución monárquica—con ser ésta tan poco flexible y progresiva en España—el obstáculo mayor para la liberación o sea liberalización de la patria; no es en la institución precisamente donde radica el principio del despotismo y el régimen de secreto y de secreto que nos corroe. Hay monarquías en el mundo hoy donde un rencoroso y menguado Dato, un falaz Romanones y otros así no hallarían puesto en los Consejos de la Corona.

MIGUEL DE UNAMUNO



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDOS.USAL.ES